

¿Cómo son las familias de algunos niños y adolescentes que trabajan?¹

LUIS ARTURO VELÁZQUEZ GUTIÉRREZ †

AMPARO TAPIA CUIEL *

AÍDA ARACELI RODRÍGUEZ CARLOS *

IRMA LETICIA LIMÓN CERVANTES *

MARÍA GUADALUPE LAURA BÁEZ BÁEZ *

Introducción

No siempre se tiene la oportunidad de compartir las actividades de investigación con académicos de la trayectoria del maestro Luis Arturo Velázquez Gutiérrez; por ello deseamos hacer patente nuestro reconocimiento a su labor. Una parte importante de este trabajo se llevó a cabo con su apoyo y asesoría; pero, dado que no le fue posible conocer este texto, es necesario señalar que su contenido es responsabilidad del resto de los autores.

El objetivo de este trabajo es dar una visión de las familias de dos grupos de niños y adolescentes que se habían incorporado al trabajo en talleres de fabricación de calzado y de artesanías de la zona metropolitana de Guadalajara.

La familia

La concepción actual de familia no es compartida por los diversos autores e instituciones que desarrollan investigación o programas en relación con la misma.

Ello da idea de la complejidad que representa su estudio y la diversidad de elementos que pueden intervenir cuando se trata de dar cuenta de lo

que acontece con grupos específicos de familias.

Así, Luis Leñero (1992), el DIF Jalisco (1986) y Uribe (1989) coinciden en plantear que en la familia se busca satisfacer las necesidades básicas de los hombres, como las de protección, crianza, realización y expansión reproductiva, de reconocimiento y protección (Leñero, 1992) y las de convivencia familiar, comunicación, refugio y alimentación (DIF Jalisco, 1986). Asimismo, es en la estructura social donde se satisfacen las necesidades básicas para la reproducción de la fuerza de trabajo (Uribe, 1989).

Se considera que los integrantes de la familia se unen por lazos consanguíneos (Tuirán, 1993; Ponce, 1987), consensuales, jurídicos (Tuirán, 1993), maritales, de compadrazgo o de paisanaje (Ponce, 1987), de acuerdo con los diferentes grupos o tipos de familia.

Además de describir las formas de unión de los miembros de la familia, hay autores que hacen referencia al lugar donde viven las familias. Tal es el caso de Tuirán (1993), quien afirma que el hogar es el conjunto de individuos que comparten una misma unidad residencial, se articulan por una economía en

común y cuyo criterio básico, aunque no el único, de reclutamiento de sus integrantes es el parentesco.

Con base en diversos autores, Tuirán clasifica los hogares como familiares y no familiares. Caracteriza a los familiares como aquellos en los que sus integrantes tienen algún parentesco, y los divide en nucleares –matrimonios con o sin hijos o uno de los padres con hijos solteros–, extensos –integrados por un hogar nuclear y una o más personas emparentadas con el jefe– y compuestos –hogar nuclear o extenso al que se agrega una o más personas no emparentadas con el jefe.

Los hogares no familiares, dice, son aquellos donde los integrantes no tienen ningún parentesco, y se subdividen en unipersonales –una sola persona– y corresidentes –dos o más personas sin parentesco.

Por su parte, Chant (1992) retoma a varios autores como Blumerg, Kerns, Tienda y Ortega, Winch y Arizpe, entre otros, y elabora una tipificación similar, pues aunque no lo clasifique como hogar, hace referencia tanto al conjunto de miembros como al espacio físico en el que residen los mismos; así, habla de familias nucleares o conyugales –formadas por marido, mujer e hijos–,

* Laboratorio de Salud Pública de la Universidad de Guadalajara.

familias monoparentales –uno solo de los padres e hijos–, familias extensas –viven uno o más parientes de la unidad nuclear o monoparental–, familias nucleares-compuestas –dos o más familias nucleares que viven en el mismo lote pero tienen arreglos financieros y domésticos separados.

El propio Chant (1992) enriquece el esquema anterior al plantear diferentes formas de relación entre los miembros de la familia. En las familias nucleares o conyugales, existe una demarcación importante de los papeles masculino y femenino, se busca la manera de equilibrar los recursos monetarios y no remunerados para la supervivencia; el hombre no permite que la mujer trabaje, las mujeres son amas de casa de tiempo completo y por lo regular cuentan con un solo ingreso, el del marido; asimismo, las decisiones son unilaterales pues las toma quien aporta el dinero.

En la familia extensa hay más de un proveedor, se comparten las tareas domésticas pues se dividen los quehaceres, las esposas buscan un ingreso propio. En cambio, en la monoparental, en la que con frecuencia la mujer es jefa de familia, ésta cuenta con mayor poder y autonomía, y puede pedir ayuda tanto de naturaleza monetaria como doméstica a sus hijos mayores (Chant, 1992).

Chant coincide en algunos aspectos con la caracterización hecha por Ponce (1987) sobre las familias de los marginados, quien al respecto menciona que constan de muchos miembros –hijos u otros–, existen fuertes papeles sexistas, el padre es el jefe, la mujer es sufrida y abnegada, pero fuerte y aguantadora; existe hacinamiento y promiscui-

dad, muy pocos miembros trabajan y tienen algún nivel de escolaridad.

Con otra forma de abordar el tema, González (1986) observa a la unidad doméstica y refiere que es el grupo de gente que vive bajo el mismo techo, organiza sus recursos colectivamente y pone en acción estrategias de generación de ingresos y actividades de consumo; incluye a los miembros que pueden o no ser parientes; es un grupo social y no simplemente una “colección” de individuos.

La organización tiene una base social donde la unidad doméstica se entiende como unidad social. Los miembros van y vienen. Es una célula básica que se forma en torno a una estrategia: la reproducción física y social; es un grupo de personas que al actuar en forma organizada logra combinar la procreación con la socialización; trabajo asalariado con trabajo en el hogar, y la educación para la reproducción social y física.

Lo sociodemográfico

La crisis económica, que se acentúa a partir de la década de los años ochenta, se acompaña de altos niveles de inflación, retroceso del producto real por habitante, reducción del gasto público, alza de los precios, disminución de los subsidios, y reducción de salarios e incremento en los índices de desempleo; ello ha generado un deterioro importante del nivel de vida de la población (Ros, 1989; Arroyo y Velázquez, 1990).

Para mantener su estado fisiológico, la familia tiene que encontrar nuevas formas de generar ingresos

para minimizar en parte la precariedad de sus condiciones de vida, por lo que se ve en la necesidad de incorporar al mercado de trabajo a la mayoría de sus miembros, especialmente las mujeres y los niños, en actividades no reconocidas, como es el sector informal o las llamadas actividades subterráneas (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 1986).

Se torna necesaria la reorganización de la vida familiar; las mujeres tratan de tener dos empleos, trabajan horas extras, combinan el trabajo asalariado con actividades por cuenta propia; y los hijos abandonan la escuela o trabajan y estudian para obtener algún ingreso (*ibid.*).

Se fundamenta que el móvil más poderoso del niño para ingresar a la vida activa es la necesidad de aliviar en lo posible la miseria en que vive y contribuir así a satisfacer sus necesidades esenciales. Hasta la más modesta remuneración, en dinero o en especie, será apreciada por el hogar paupérrimo al que suele pertenecer. También está el deber moral, inculcado por el ambiente, de trabajar desde temprana edad por solidaridad con el grupo familiar, para compensar en lo posible la carga económica que él mismo representa y ayudar a mantener al resto de su familia, generalmente muy numerosa (Mendelievich, 1980).

Así, cuando un niño decide trabajar o acepta hacerlo para ganarse la vida cree estar tomando una decisión individual, pero en realidad ha sido impulsado por la actitud de los padres y de todo el tejido social en que está inserto.

Aunado a esto, en su mayoría los menores que trabajan provienen de familias extensas y desintegradas,

con altos índices de abandono del hogar por uno de los cónyuges, generalmente el padre; viven en la miseria, hacinados en alojamientos paupérrimos con instalaciones sanitarias desastrosas o inexistentes; éstos son factores importantes que condicionan el trabajo infantil.

Antecedentes empíricos de trabajos realizados con familias

La participación laboral de menores de edad en diferentes contextos es una realidad innegable. Para 1990 el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia reportó que, de acuerdo con las cifras disponibles, 30 millones de niños trabajaban en ocho países de América Latina. Por su parte, el Centro Mexicano para los Derechos de la Infancia publicó en 1988 que, con base en los informes del Congreso del Trabajo, seis millones de niños trabajaban en México. Para la zona metropolitana de Guadalajara, el diario *Ocho Columnas*, refiere que en mayo de 1990 trabajaban 24 mil niños (UNICEF, 1992; Dogramaci, 1981; *Ocho Columnas* 29 de mayo de 1990).

A continuación se describen hallazgos localizados en diferentes estudios sobre familias de menores que trabajan o con familias dedicadas a las artesanías en donde la mayoría de sus integrantes que participaban en la producción eran muy jóvenes. En el estudio realizado por Mercado *et al.*, se encontró que el 80 por ciento de las familias que laboraban en tres tipos de talleres artesanales eran de tipo nuclear.

En lo que se refiere al sexo del jefe de familia, Mercado *et al.* (1989) plantean que la jefatura de una mujer en los talleres industrializados co-

rrespondió al 3.3 por ciento, proporción que se incrementa a 7 por ciento cuando se investiga a tres tipos de talleres en forma global, y aún más para talleres familiares, donde las mujeres jefas de familia alcanzaban el 10.1 por ciento (Mercado *et al.*, 1989).

En cuanto al nivel educativo de los padres, tanto Amador y González (1993) como Brizzio (1986), coinciden en que es mínimo, ya que en ambos estudios se encontró que los padres de los menores trabajadores no habían finalizado la primaria.

En lo referente a la ocupación de los padres, algunos estudios, como los de Amador y González (1993), Brizzio (1986) y DIF Jalisco (1986) señalan que eran vendedores ambulantes y dependientes de comercios (29.9 por ciento), se dedicaban a la confección de prendas de vestir (14.54 por ciento), se desempeñaban como trabajadores de vigilancia, cocineras y peones de la construcción (10.90 por ciento) (Amador y González, 1993), albañiles, mecánicos, comercio ambulante, etcétera (casi el 73 por ciento) (Brizzio, 1986), obreros (22 por ciento), albañiles (14 por ciento), comerciantes (9.5 por ciento) y vendedores ambulantes (6 por ciento) (DIF Jalisco, 1986).

Diversos estudios abordan aspectos tales como la edad del menor que trabaja; por ejemplo los realizados por la OMS (1975), Lezama (1993), Brizzio (1986), DIF Chihuahua (1993), DIF Jalisco (1986) y Amador y González (1993), los cuales coinciden en que las edades quedaron comprendidas entre los cinco y diecisiete años.

La OMS realizó una investigación en Malasia con 210 menores;

encontró que las edades de los mismos iban de siete a quince años. Lezama, en su estudio realizado en México con cuarenta niños, dio cuenta de que el mayor número de éstos (77.5 por ciento) tenía entre once y quince años. Brizzio investigó en una escuela primaria y encontró que los niños que trabajaban se situaban entre los cinco y los quince años. DIF Chihuahua estudió a 199 menores que trabajaban y reportó que el 60 por ciento tenían trece años o menos. DIF Jalisco entrevistó 500 menores y encontró que 60.6 por ciento tenían entre once y trece años de edad. Finalmente, Amador y González analizaron 39 grupos familiares, encontrando que los menores que trabajaban tenían de cinco a diecisiete años.

Otra característica observada en la mayoría de las investigaciones mencionadas anteriormente es que el sexo predominante entre los menores estudiados fue el masculino. El estudio realizado por la OMS mostró que el 55 por ciento de los menores eran hombres y 45 por ciento mujeres. Lezama reporta 55 por ciento de hombres y 45 por ciento de mujeres. Brizzio refiere que el sexo masculino reveló una mayor posibilidad de integración al trabajo, respecto del femenino. En el DIF Chihuahua, de los 199 menores el 85 por ciento fueron del sexo masculino y un 15 por ciento del sexo femenino. El fenómeno se acentúa en los resultados obtenidos por el DIF Jalisco, dado que el 94 por ciento correspondió al sexo masculino y el 6 por ciento al femenino.

En lo que respecta a la escolaridad del menor, Tapia *et al.* (1989) refie-

ren que, en un grupo de 157 menores trabajadores, el promedio de escolaridad alcanzado fue de 4.2 años. Mientras que Amador y González (1993), en 39 grupos familiares, encontraron que 48 por ciento de los niños no estudiaban y el 52 por ciento lo hacían en primaria o secundaria.

Por lo que respecta a vivienda, Amador y González mencionan que el 51.28 por ciento de las familias de los menores trabajadores estudiados residían en vivienda propia; resultado similar se obtuvo en los grupos estudiados por Mercado *et al.*, ya que el 80 por ciento de familias de quienes trabajan en talleres familiares contaban con vivienda propia.

Respecto al hacinamiento, el estudio de Mercado *et al.* reporta que éste se da en el 60 por ciento de las viviendas de las familias de tres tipos de talleres de la artesanía.

Otro punto de interés es el acceso a la seguridad social: el 36.6 por ciento de los menores estudiados por el DIF Jalisco eran, atendidos por el IMSS. Lo anterior presenta variantes y similitudes con el estudio de Mercado *et al.*, quienes identificaron que sólo el 25 por ciento de familias de trabajadores de talleres familiares contaban con seguridad social, el 35 por ciento para las familias de quienes laboran en talleres semiindustrializados, y el 70 por ciento en las familias con hijos trabajando en taller industrializado.

Niños y adolescentes que trabajan en talleres de fabricación de calzado y artesanías

Los siguientes resultados corresponden a un estudio de campo de tipo transversal realizado en 1993 de dos

grupos de menores trabajadores –uno en la industria del calzado (IC) y otro en la industria de la artesanía (IA)– y sus familias residentes en la zona metropolitana de Guadalajara.

Los menores estudiados fueron 323, de los cuales 245 trabajaban en la IC y 78 en la IA; estos últimos fueron mujeres en su totalidad. Las fábricas y talleres de calzado se ubicaban principalmente en los sectores Hidalgo y Libertad; los talleres de artesanías, en la cabecera municipal de Tonalá.

En lo que respecta a la ubicación de las viviendas de familias de menores trabajadores en la IC, la distribución fue la siguiente: en la colonia Jalisco residían el 11.4 por ciento de las familias, en Miravalle 10.5 por ciento, Esperanza 9 por ciento, Oblatos 9 por ciento, y se encontraban en menores porcentajes en las colonias Echeverría, Las Juntas y López Portillo, entre otras.

De las viviendas de familias con menores trabajando en la IA, el 74.6 por ciento vivían en Tonalá y el resto en las colonias Zalatitisán, Balcones, Cerro del Cuatro, Polanquito y La Mezquitera.

Un punto importante que se abordó en este estudio fue el relacionado con los aspectos familiares, donde se encontró que el tipo de familia predominante en ambos grupos era la nuclear, con 91 por ciento en la IC y 97.4 por ciento en la IA; mientras que el 6.1 y 2.6 por ciento, respectivamente para cada grupo, lo conformaron las familias extensas; el resto no aportó datos.

El promedio de integrantes por familia para la IA fue de 6.69, mientras que para el grupo de la IC fue mayor, con un promedio de 10.5; se observó que el rango presentado por

la IA fue de 1 a 12 miembros, mientras que para la IC fue mayor: de 1 a 16 miembros.

Por género, el promedio de integrantes mujeres por familia fue en la IC, 4.2 y en el grupo de la IA 4.08; el promedio de integrantes hombres por familia fue de 3.64 para la IC y de 2.77 para el grupo de la IA.

En lo que respecta al género del jefe de familia, se observó que predominan los hombres en ambos grupos, ya que existían cuatro hombres por cada mujer.

En cuanto al parentesco del jefe de familia en relación con el menor trabajador, se encontró que en el grupo de la IC el 81.2 por ciento de los jefes era el padre; porcentaje similar se observó en el grupo de la IA, con un 82.1 por ciento; en lo que respecta a la jefatura por parte de la madre, también fue semejante, esto es, 10.2 por ciento para IC y 11.5 por ciento IA. Proporciones menores a 1 por ciento se encontraron de jefes cuyo parentesco con el menor era el de padrastro, tío o abuelo en la IC; y en el caso de las familias de la IA, 1.3 por ciento correspondió al abuelo o al hermano.

La escolaridad de los jefes de familia presentó diferencias entre los dos grupos; en la IC el 8.2 por ciento no sabía leer ni escribir, y para la IA 11.5 por ciento; comportamiento diferente en relación a quienes cursaron algún grado de primaria, con un 17.1 por ciento para los de la IC y 43.6 por ciento en la IA. Respecto a los jefes que terminaron primaria, el porcentaje fue muy parecido: 24.4 por ciento en el grupo de los trabajadores de la IA y 28.2 por ciento para la IC; una vez más con diferencias entre aquellos jefes de familia

que cursaron algún grado de secundaria o equivalente, con 2 por ciento para la IC y 11.5 por ciento en la IA.

Respecto a la ocupación de los jefes de familia, ésta fue sumamente diversa. En la IC 25 por ciento eran empleados, 24.5 por ciento obreros, 7.7 por ciento comerciantes y el resto jornaleros, campesinos o artesanos. En cambio, en las familias de la IA predominaron los artesanos (34.6 por ciento), los empleados (17.9 por ciento), obreros (14.1 por ciento); el resto eran jornaleros, comerciantes o campesinos.

En relación a las características del menor, se encontró que la edad en ambos grupos fue entre 5 y 17 años; el promedio de los trabajadores de la IC fue de 14.9, y de 10.6 años para el grupo de la IA.

La distribución por género de los menores para el grupo de la IC fue 68.6 por ciento de mujeres y 31.4 por ciento de hombres; el grupo de trabajadores en la IA lo conforman únicamente mujeres, pues se realizó la investigación expresamente con ellas.

En cuanto a la escolaridad de los menores que trabajaban en la IC, el 0.4 por ciento no había cursado ningún grado escolar, mientras que para el grupo de la IA dicho indicador fue de 5.5 por ciento. Cursaron de uno a tres años de primaria el 2 por ciento de los menores de la IC, mientras que lo hicieron 20 por ciento del grupo de la IA. Cursaron de cuatro a seis años de primaria el 32.5 por ciento de los menores de la IA, y 49.4 por ciento del grupo de la IC. Habían cursado algún grado de secundaria o equivalente el 38 por ciento de la IC, y el 3 por ciento de las artesanas; sin

embargo, es importante señalar que el grupo de la IA tenía un promedio de edad menor que la IC.

Respecto a las actividades que desempeñaban los menores trabajadores, el grupo de la IC laboraba en el proceso de producción de calzado, y el grupo de la IA en la elaboración y venta de artesanías.

En cuanto a los aspectos de incorporación al trabajo tanto de los menores como de sus familias, se encontró una importante diferencia entre los dos grupos respecto al número de integrantes por género que estaban trabajando. En la IC 71.3 por ciento de las familias tenían un menor hombre trabajando y 82.6 por ciento una menor mujer; mientras que en la IA se observó que el 95 por ciento de las familias tenía laborando un menor hombre y 28.1 por ciento una mujer menor.

Con dos o tres integrantes mujeres menores, el porcentaje para la IA fue de 48.5 por ciento, y de 17.4 por ciento para la IC. La participación de dos o tres hombres menores de edad en la IC fue 26.4 por ciento, y de 5 por ciento en la IA. Llama la atención que en la IA el 23.4 por ciento de familias tuvieran de cuatro a seis mujeres menores de edad incorporadas al trabajo, y ninguna en la IC; sin embargo, para este último grupo, en el 2.3 por ciento de familias trabajaban de cuatro a seis integrantes hombres, mientras que en la IA no se presentó ningún caso.

Respecto a los mayores de 18 años incorporados a las actividades económicas, se observó un porcentaje mayor en la IC (73.4 por ciento) con participación de una sola mujer que en la IA (67.3 por ciento). En

cuanto a la existencia de un hombre trabajando en cada uno de los grupos, fue casi igual: 59.8 por ciento para la IC y 57.1 por ciento para la IA. La incorporación de dos o tres integrantes, tanto hombres como mujeres, fue también muy similar en ambos grupos; en la IA el 32.7 por ciento fueron mujeres, y 24.8 por ciento en la IC; en el caso de hombres, este evento se presentó en el 34.4 por ciento en la IA y 32.7 por ciento en la IC. Con entre cuatro y seis adultos trabajadores en las familias las diferencias fueron mínimas entre los grupos; para los hombres en la IA se presentó en un 8.5 por ciento, en comparación con 7.5 por ciento en la IC; sin embargo, en la IC en el 1.8 por ciento de las familias trabajaban de cuatro a seis mujeres adultas, mientras que en la IA no hubo ningún caso.

En lo que respecta al parentesco del menor entrevistado con los miembros de la familia que trabajan, en la IC se encontró que el 44.5 por ciento eran sus hermanos, 21.1 por ciento el padre, 6.1 por ciento la madre y el resto correspondió a otro familiar. Para la IA los hermanos del menor fueron 54.9 por ciento, el padre 16.4 por ciento, y la madre en el 6.5 por ciento de los casos, datos similares presentó la IC.

De los integrantes económicamente activos por familia cabe señalar que en la IA la participación fue mayor en mujeres, con una razón de tres a dos en comparación con los hombres, situación que se invierte en la IC, en donde los miembros de la familia que trabajaban eran tres hombres por dos mujeres.

En cuanto a la edad de los integrantes que trabajaban, la mayor

proporción fue la de menores de 18 años en ambos grupos, 56.7 por ciento en la IA y 45.7 por ciento en la IC.

La ocupación de los integrantes de las familias que trabajaban presentó marcadas diferencias ya que el 68.2 por ciento se ocupaba en actividades artesanales y, en cambio, en la IC un 55.2 por ciento eran obreros del calzado. Eran empleados el 27.8 por ciento de los integrantes de la IC, y el 17.5 por ciento en la IA. Con porcentajes menores para ambos grupos, el resto se ocupaban como jornaleros, comerciantes y campesinos, entre otros oficios.

Se trató de conocer algunos aspectos del consumo como la vivienda, los servicios y el acceso a la seguridad social. En cuanto a propiedad de la vivienda, se encontraron similitudes entre ambos grupos, pues el 70.6 por ciento de los trabajadores de la IC y el 71.8 por ciento de la IA eran propietarios, arrendaban el 21.6 por ciento de la IC y 9 por ciento en la IA. Asimismo, al 19.2 por ciento de las familias de este último grupo les prestaban la vivienda, mientras que en la IC sólo el 4.1 por ciento contaba con esa facilidad.

Todas las viviendas de los trabajadores de la IA contaban con dormitorio y espacio separado para cocinar, mientras que en la IC un 2.8 por ciento no lo tuvieron. Prácticamente todas las viviendas de las trabajadoras de la IA contaban con el servicio de agua potable y drenaje; mientras que los trabajadores de la IC, para cada uno de estos rubros, el 11 y el 14.3 por ciento, respectivamente carecían de agua potable.

Un hecho que muestra la calidad de la vivienda es el hacinamiento, que estuvo presente en el 57.2 por

ciento de los casos en la IC, mientras que para el grupo de la IA fue de 15.4 por ciento.

En cuanto a la atención médica que recibían las familias, algunas de ellas tenían acceso a más de un prestador de ella. En general, un mayor número de familias—63.6 por ciento— de la IC refirieron tener acceso a la seguridad social, en comparación con la IA, que registró 33.3 por ciento. Las familias acudían a la Secretaría de Salud, DIF u otra institución del Estado en el 8.1 por ciento de los casos de la IC, y sólo 3.8 por ciento en la IA.

Llamó la atención que más de la mitad de las familias de la IA—57.7 por ciento—acudía a servicio médico particular, a diferencia del 13.5 por ciento de la IC. Sin embargo, para ambos grupos existieron similitudes—2.1 por ciento IC y 2.6 por ciento IA— en relación con las familias que acudían a farmacéuticos o yerberos para atender su salud.

Aun cuando más de la mitad de las familias incorporaron a dos o más de sus integrantes al trabajo, ello no parece tener correspondencia con los ingresos que se perciben, ya que el 16.7 por ciento de las familias de la IA tenían un ingreso menor al salario mínimo, y 8.2 por ciento en el caso de la IC. Las familias que recibían de 1 a 1.9 salarios mínimos en la IA fueron el 16.7 por ciento, y en la IC sólo el 3.7 por ciento. Cabe señalar que para este rubro la mayoría de las familias del grupo IC no proporcionó datos.

Discusión

La familia ha sido estudiada desde diferentes perspectivas, mismas que parten de elementos que de alguna

manera pueden ser coincidentes pero que marcan las importantes diferencias descritas en el inicio de este artículo.

En este trabajo el tratamiento de la familia se hace desde la perspectiva de Uribe (1989) y Chant (1992), que la entienden como la estructura social donde se satisfacen las necesidades básicas para la reproducción de la fuerza de trabajo (Uribe, 1989), se toma en cuenta tanto al conjunto de miembros como el espacio físico en el que residen y plantean una clasificación de la familia con base en el parentesco y los aspectos financieros, además de rescatar las relaciones entre los miembros (Chant, 1992). A continuación se discuten los hallazgos de la presente investigación en relación con los encontrados por otros autores.

Llama la atención que los tipos de familia a los que pertenecían los menores que laboraban en la industria del calzado y los que lo hacían en la de artesanías fueron muy similares a los reportados por Mercado *et al.* (1989) dada la importante proporción de familias extensas; lo mismo ocurrió en cuanto al género de quien fungía como jefe de familia, donde las mujeres tuvieron una presencia relevante, ello pudiera reflejar una serie de elementos del planteamiento que hace Chant (1992) para las familias extensas.

El nivel de escolaridad de los jefes de familia se asemeja a los acercamientos de Amador y González (1993) y de Brizzio (1986), ya que la mayoría no concluyeron la educación primaria. Respecto a la ocupación de los jefes de familia, existen diferencias en relación a lo que refieren Amador y González, Brizzio y DIF Jalisco.

Los menores se incorporaron al trabajo a edades muy tempranas, lo cual coincide con lo referido por DIF Jalisco (1986); Lezama (1993); Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (1975); Brizzio (1986), y Amador y González (1986). Esta incorporación podría ser una respuesta a la necesidad que tienen las familias de cubrir al menos en parte las generadas por el menor, como lo expone Mendelievich (1980). Además, a diferencia de otros estudios, son las niñas y las adolescentes las que mayor predominio tuvieron en estos espacios laborales (DIF Jalisco, 1986; Lezama, 1993; Brizzio, 1986, y DIF Chihuahua, 1993).

Pero a pesar de la importante participación de las mujeres -niñas, adolescentes y adultas- y de los menores varones, los aspectos del consumo vistos a través de la propiedad de vivienda y los servicios de ésta, el hacinamiento y el acceso a la seguridad social o a la atención médica, refleja la reducción en los salarios, el deterioro importante en los niveles de vida y, sobre todo, la instrumentación de nuevas formas de generar ingresos y de reorganizar la vida familiar (Ros, 1989; Arroyo y Velázquez, 1990, y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 1975).

Nota

¹ Este proyecto contó con financiamiento de la Universidad de Guadalajara y del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México, y con la colaboración de María Arcelia Olmos Playas, Salvador López Co-

ronel, Adriana Sandoval Hernández y María de la Luz Ramírez González.

Bibliografía

- Amador, R., González, L., "Características de las familias y de los niños trabajadores de la calle", *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 59, Universidad de Costa Rica, marzo de 1993.
- Arroyo, J., Velázquez, L., "La migración hacia Guadalajara algunas comparaciones de las encuestas de hogares de 1972 y 1986", en *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudio sobre la sociedad urbana en México*, Universidad de Guadalajara/CIESAS, Guadalajara, 1990.
- Brizzio, A., "El trabajo infantil. Un estudio de caso en la ciudad de Xalapa", *Primer coloquio sobre crisis, procesos de trabajo y clase obrera*, Xalapa, octubre de 1986.
- Chant S., "Composición de la unidad doméstica y consolidación habitacional", en A. Massolo, *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, 1992, pp. 253-254.
- Diario *Ocho Columnas*, Guadalajara, 29 de mayo de 1990.
- DIF Chihuahua, *Sin domicilio alguno. los niños de la calle de la ciudad de Chihuahua*, Chihuahua, 1993.
- DIF Jalisco, *La situación laboral del menor de edad que trabaja*, Departamento de Trabajo Social, Guadalajara, 1986.
- Dogramaci, I., "El trabajo y la infancia", *Salud Mundial*, OMS, noviembre de 1981.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, *Explotación de la mano de obra infantil y de los niños de la calle*, Junta Ejecutiva, 1986.
- González, M., *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara, 1986.
- Gutiérrez, R., *Drama y tragedia del menor trabajador*, Benificencia Cundinamarca, Bogotá, 1984.
- Leñero L., *Sociedad civil, familia y juventud. Ensayo de diagnóstico y de intervención social*, Centro Juvenil Promoción Integral e Instituto Mexicano de Estudios Sociales Universidad Autónoma Metropolitana-Ixtapalapa, México, 1992.
- Lezama, J., "Trabajo, familia e infancia en la ciudad de México: convergencias y divergencias", *Comercio Exterior*, julio de 1993.
- Mendelievich, E., "México", en *El trabajo de los niños*, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 1980.
- Mercado, F., Tapia, A., Robles, L., Sánchez, H., Cuevas, A., *El perfil patológico de las familias de los artesanos de Tonalá y Tlaquepaque*, Jalisco, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1989 (Colección Cuadernos de Divulgación, segunda época, núm. 33).
- Organización Mundial de la Salud, *Detección precoz del deterioro de la salud debido a la exposición profesional*, Ginebra, 1975 (Serie de Informes Técnicos, núm. 571).
- Organización Mundial de la Salud, *El trabajo de los niños: riesgos especiales para la salud*, Ginebra, 1987 (Serie de Informes Técnicos, núm. 758).
- Ponce, E., *Los marginados de la ciudad. La educación en la comunidad*, Editorial Trillas, México, 1987.
- Ros J., "La crisis económica: un análisis general", en *México ante la crisis*, Siglo XXI, México, 1989.
- Tapia, A., Rodríguez, A., Báez, L., Limón, I., "El cuadro sociopatológico del niño trabajador", *Revista Universidad de Guadalajara*, nueva época, núm. 1, octubre - noviembre de 1995.
- Tuirán, Rodolfo, "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México 1976-1987", *Comercio Exterior*, vol. 43, julio de 1993, pp. 670-671.
- UNICEF, *Los niños de las Américas. Una oportunidad histórica*, Bogotá, 1992.
- Uribe G., "Trabajo femenino y salud. Un acercamiento a tres grupos ocupacionales: obreras, campesinas y alfareras", en *La mujer jalisciense. Clase, género y generación*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1989 (Colección Jornadas Académicas, Serie Coloquios).